

*Usar la palabra política en vano. Blasfemia, parodia e ironía como reapropiaciones de lo político**

Iñaki MARTÍNEZ DE ALBENIZ

RESUMEN

Usar el nombre de Dios en vano. Así se define la blasfemia. Lo mismo puede decirse de la política. Usar el nombre de la política en vano. Entre blasfemias, “eufemias” (Émile Benveniste), conceptos *zombi* (Ulrich Beck), parodias (Judith Butler) e ironías (Richard Rorty) se debate en la actualidad el juego de lenguaje (y, subsidiariamente, los juegos de palabras) de la política. En este artículo se abordan los “malos usos” del término *política*, aquellos usos que en tanto que “vanos” (dichos en vano) o “vacuos” (enunciados en el vacío) son proscritos por las *policías del discurso* (Michel Foucault), esto es, por los marcos disciplinarios y disciplinantes de la ciencia, la teoría y la filosofía política. Se defenderá, en este sentido, que, lejos de emplear la palabra *política* inútilmente, determinadas instancias sociales se reapropian del término en contextos de uso novedosos y lo resignifican, bien sea por saturación, cuando se propone una suerte de panpoliticismo (“todo es político”), bien por defecto, cuando se decreta su inoperancia.

PALABRAS CLAVE

Teoría política, retórica, análisis de discurso, juegos de lenguaje, performatividad.

ABSTRACT

To take God's name in vane – that is the definition of blasphemy. The same could be said of politics – to take the name of politics in vane. Today political language games

* Recibido en la redacción de FORO INTERNO el 03/05/2005. Aprobada su publicación el 06/06/2005.

(and also word-play) involve blasphemy, euphemism (Émile Benveniste), *zombie* concepts (Ulrich Beck), parodies (Judith Butler) and irony (Richard Rorty). This article deals with misuses of the term *politics*, uses that are prohibited by the discourse police (Michel Foucault) –political philosophy, political theory, political science– because of their vacuity, that is, their enunciation in a vacuum. In this respect I argue that far from being a useless employment of the word *politics*, certain social actors reappropriate the term in novel use-contexts and resignify it either through saturation, when a type of panpoliticism is proposed (everything is political), or by declaring that it is not a functional term.

KEY WORDS

Political theory, rhetoric, discourse analysis, language games, performativity.

INTRODUCCIÓN

Recientemente me vi obligado, a causa de la vorágine administrativa a la que está sujeta la universidad en estos tiempos, a consultar la ficha que sobre mi tesis doctoral constaba en el Ministerio de Educación. Así pude saber que la tesis doctoral, titulada “La poética de la política. Usos de la política en el País Vasco”, estaba incluida en los rubros *Política interior* (323) y *Literatura española/Otros géneros* (821. 134. 2-4/-9). Ignoro si quien clasifica los libros no tenía su mejor día. Lo que es indiscutible es que, muy a mi pesar, de la clasificación se seguía que la conjunción que en el título se trataba de hacer entre la política y la poética no funcionó como yo pretendía.

Decía Borges que “el mero hecho de unir las palabras sugiere la metáfora”¹. No fue éste, ni de lejos, el caso de la tesis en cuestión. “Poética de la política” no produjo ningún efecto metafórico. Funcionó, dicho de forma discreta, como un performativo infeliz², un acto de habla que no surte efecto, cuando menos no el efecto deseado. Menos inmisericorde fue el procesador *Word* con mi pulsión poética. Es más, la conjunción de política y poética fue en gran medida debida a que en una ocasión escribí mal el “nombre de la política” y el corrector me ofreció como opción “poética”. Fue en realidad una *serendipity*, un hallazgo casual, lo que me indujo a escribir aquellas páginas. Pues bien, superado el trance administrativo,

¹ J. L. BORGES, *Arte poética*, Ed. Crítica, Barcelona, 2001, p. 42

² J. L. AUSTIN, *Cómo hacer cosas con palabras*, Paidós, Barcelona, 1981.

este artículo persigue una “poética de la política” que lejos de quedarse en acto fallido sea la condición de posibilidad de una *poiesis* o producción de lo político.

Si remito a la expresión *poética* no lo hago en el sentido que la retórica moderna³ otorga a este término, pues ello conllevaría escindir, de una parte, un uso embaucador, persuasivo, del lenguaje y, de otra, una *poética* demasiado pegada a la literalidad de las cosas, que mimetiza (y se deja embaucar por) una realidad en permanente transformación. Dos concepciones limitantes del lenguaje por cuanto lo entienden bien como obstáculo o trámite engorroso (para los lógicos), bien como algo transparente (para los positivistas). *Poética* designa en el marco de este trabajo un juego de lenguaje que quiere transgredir los límites en que la ha encajonado la retórica moderna. Coincido, en este sentido, con Elena Casado cuando afirma que “debemos romper con las barreras que limitan la metáfora al campo de lo poético y devolverle su función retórica (política) sin renunciar a la mimesis, admitiendo así su importancia en el campo científico y, evidentemente, en todos los demás ámbitos de la construcción social”⁴. Asumo, pues, la oportunidad de objetar aquella distribución tradicional de tareas entre la retórica y la poesía que ha disociado a ambas de la política. De hecho, ha sido precisamente el alejarla de la poética y la retórica lo que ha imposibilitado imaginar a la política como otra.

Lejos está la política de constituir una mera literalidad. El sentido de la política es resultado de disputas en un campo discursivo abierto. La literalidad de la política es siempre sobrevenida, fruto de disputas y tensiones entre significados que pugnan por hegemonizarla, es decir, por enrollarla: literalmente, por imponerle un determinado rol o identidad. Desde el punto de vista de una poética de la política, la política es, pues, lo que William Connolly llama un concepto esencialmente discutible⁵, en el que prevalece el elemento instituyente *polemos* sobre el elemento instituido *polis*. Es por ello que, si la política se construye o se dirime en un campo discursivo abierto, no estará de más reparar en los *usos* de la política, es decir, en los juegos de lenguaje⁶ que pugnan por imponer los límites de inteligibilidad de la política y las reglas a partir de las cuales la política es visi-

³ La idea de la retórica como persuasión es recogida en la modernidad, cuando Petrus Ramus (1515-1572) comienza a despojarla de contenidos para reducirla, desde su posición de arte culto ligado a la sabiduría y a la justicia, a mero artificio filológico. Quiero agradecer a la redacción de FORO INTERNO esta precisión.

⁴ E. CASADO, “Cyborgs, nómadas, mestizas... Astucias metafóricas de la praxis feminista” en G. GATTI e I. MARTÍNEZ DE ALBENIZ, *Las astucias de la identidad: figuras, territorios y estrategias de lo social contemporáneo*, Servicio Editorial de la Universidad del País Vasco, Bilbao, 1999, p. 60.

⁵ W. CONNOLLY, *The terms of political discourse*, Blackwell, Londres, 1988.

⁶ L. WITTGENSTEIN, *Investigaciones filosóficas*, Ed. Crítica-UNAM, Barcelona, 1988.

ble, decible y pensable, pues, como reza el profusamente citado adagio de Wittgenstein, los límites de estos juegos de lenguaje señalarán los límites de la realidad de la política o los perfiles que le son asignados en tanto que *forma de vida*. Como sostiene Ernesto Laclau cualquier formación hegemónica tiene su lógica interna, “que no es otra cosa que el ensamblaje de los *juegos de lenguaje* que es posible practicar en su interior”⁷. Desarrollar estos juegos de lenguaje y promover la expansión de la imaginación política, ensayar nuevos modos de hacer y vivir la política. No es otra la tarea de una poética de la política.

LOS JUEGOS DE LENGUAJE DE LA POLÍTICA

Una poética activa de la política, que no se contenta con el significado convencional de la política, es el muestrario de juegos de lenguaje de la política (no juegos de palabras) que a partir de la apropiación del término tratan de proyectar su sentido en nuevas direcciones. En las páginas que siguen abordaré dos tipos de juegos de lenguaje. Los primeros son más onerosos e inflacionarios, pues en ellos el término política se hace acompañar de otros aditamentos (complementos del nombre y afijos). Los segundos (blasfemia, parodia e ironía), resultan más económicos o deflacionarios, pues solamente disponen del término para su resignificación

La política de la postmodernidad: el juego de lenguaje de los complementos del nombre

El primer juego de lenguaje es el que resulta de adoptar la estrategia de nominación de los *parecidos de familia*. Su función gramatical es el complemento del nombre y la figura a ella asociada es la sinécdoque (tomar la parte por el todo). Me refiero, concretamente, a la forma que la política adopta en las construcciones del tipo “la política de...” —*the politics of...* en la literatura anglosajona, de la que es casi idiosincrático este modismo. Es ésta una estrategia de nominación típicamente postmoderna. Constituye, de hecho, el principal recurso retórico de la resignificación de la política en las teorías de la postmodernidad.

La construcción “la política de...” es el juego de lenguaje mediante el que se articula el adagio postmoderno de que “todo es político”. Esta función señalará no tanto lo que la política es, sino hacia dónde puede ésta expandirse. Los límites hacia los que puede proyectarse la forma de la política. Dicho con otras palabras,

⁷ J. BUTLER, E. LACLAU y S. ZIZEK, *Contingency, Hegemony, Universality. Contemporary dialogues on the left*, Verso, Londres, 2000, p. 283.

no trata tanto de definir la política cuanto de señalar los procesos de *politización* o la reinscripción de lo político mediante la ampliación de su referencia. En los juegos de lenguaje en torno a la política, los complementos del nombre señalan cuáles son los referentes u objetos que pueden asociarse al término política, esto es, qué es susceptible de ser politizado. El complemento del nombre determinará el campo discursivo en el que el significante *política* se mueve: su campo potencial de dispersión. Lo más relevante de esta estrategia de nominaciones es que los complementos del nombre *buscan* contigüidades y fuerzan nuevas asociaciones, hecho éste que habla más de lo que la política *puede ser* que de lo que la política *es*. En efecto, la función complemento del nombre señala los procesos potenciales de politización de determinados referentes, acciones y ámbitos que, previamente a su complementación con la política, no eran considerados políticos.

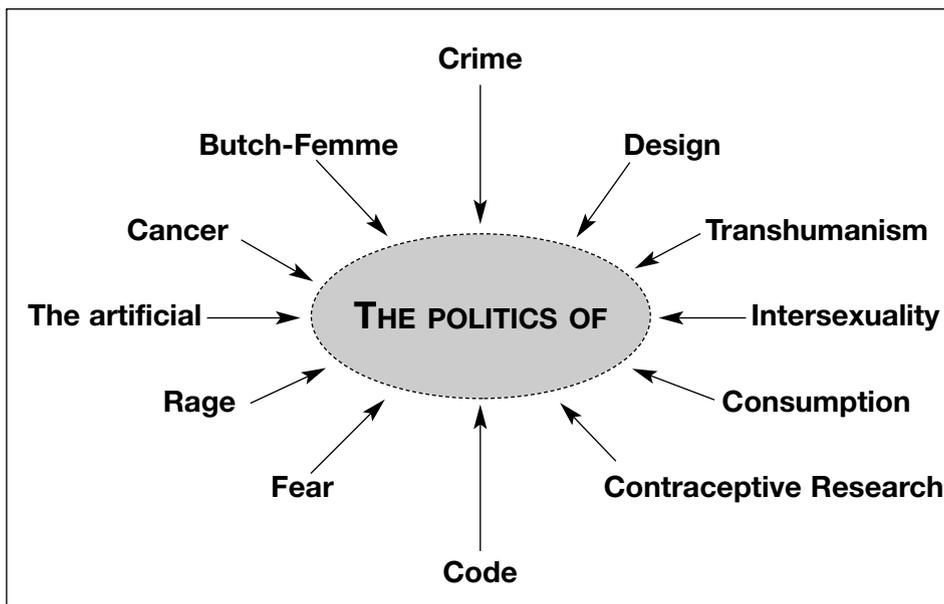
De este modo, si algún papel desempeña la política en este juego de lenguaje no es éste el de la predicación, pues de la estrategia de los complementos del nombre no se sigue la predicación de lo que la política es, sino la producción de algo como político. La significación de la política no es previa al acto de nominación de algo como político, sino que es la consecuencia de un acto de nominación. El complemento del nombre “la política de...” no describe al objeto que la complementa como político. Aspira a *hacerlo* político, a mostrar otra versión del mismo mediante el establecimiento de una asociación que en ningún caso estaba dada con carácter previo a su articulación en forma de complemento del nombre. Contrariamente a describir un objeto que se toma por la esencia (prediscursiva) de lo político, los complementos del nombre suponen la construcción activa y deliberada de determinados objetos *qua* objetos políticos. Se pasa así de una consideración esencialista de la política, que se limitaba a describir lo que la política ya es, a otras *versiones* de la misma que, previa puesta en cuestión de la definición de lo *propiamente político*, hacen de ella una referencia potencialmente ubicua y, como tal, sometida a un deslizamiento constante. Se pasa, en suma, de la política como significación clausurada y enunciado descriptivo a la politización como articulación discursiva. Michel Foucault lo expresó con rotundidad:

El problema no es exactamente definir una *postura* política (lo que nos reen-
vía a una elección dentro de una clasificación ya hecha), sino imaginar y hacer que
existan nuevos esquemas de politización que planteen nuevos interrogantes políti-
cos sin que ellos hayan nacido de una doctrina política, una pluralidad de cuestio-
nes planteadas a la política y no una reinscripción del cuestionamiento en el cuadro
de una doctrina política⁸.

⁸ M. FOUCAULT, *Microfísica del poder*, La Piqueta, Madrid, 1979, p. 158.

Desde una perspectiva esencialista, a la política se le supondría una ontología unitaria que señalara los objetos legítimos de la política y se la rodearía de interdictos que sancionaran cualquier mal uso del término. Desde una estrategia más constructivista, como la de los juegos postmodernos del complemento del nombre, se trata más bien de provocar perplejidad mediante la aparente promiscuidad o arbitrariedad de las clasificaciones de lo político que promueve. Pondré un ejemplo que ilustra a la perfección este extremo. Introducida en el buscador *Google* la leyenda “*The politics of...*” se obtuvieron, a fecha de 13-04-04, un total de 2.770.000 entradas. Sólo citaré unas pocas por orden de aparición para dar una idea de su variabilidad: *The Politics of Crime*, *The Politics of Design*, *The Politics of Transhumanism*, *The Politics of Intersexuality*, *The Politics of Consumption*, *The Politics of Code*, *The Politics of Contraceptive Research*, *The Politics of Fear*, *The Politics of Rage*, *The Politics of the Artificial*, *The Politics of Cancer* y *The Politics of Butch-Femme*. La resultante del juego de lenguaje de los complementos del nombre es una clasificación chino-borgiana de los objetos políticos.

Ahora bien, el hecho de que una serie de nombres que designan posibles objetos políticos se dispongan en torno al concepto de la política no es ni un mero dato descriptivo ni un plenipotenciario acto de bautismo. No es sino la operación a partir de la cual comienza a operar el principio poético de la contigüidad. La enumeración de determinados objetos como *politizables* es, en este sentido, un



proyecto de construcción política⁹. Ahora bien, la relación de equivalencia que se produce en esta enumeración entre *diferentes* objetos y el concepto central “política” no puede limitarse, como ocurre con la diseminación derridiana, a mostrar una sustituibilidad sin fin del sentido de la política. Bien al contrario, la enumeración tiene una fuerza real, performativa, pues contribuye a modelar y establecer nuevas relaciones y, por extensión, nuevas politizaciones.

La estrategia de los complementos del nombre es un juego de lenguaje típico de una postmodernidad que trata de trascender la representación elemental¹⁰ de la institución política moderna. Valiéndose de este juego, la teoría postmoderna ha producido una acepción expansiva de la política. Ello es consecuencia en gran medida de su probada querencia a considerar que “todo es político”. En este sentido, Diana Fuss señala que se está llegando a un punto de saturación, a un cierto hastío como consecuencia del uso indiscriminado que la postmodernidad hace de la construcción “la política de ...”:

Creo que la razón por la cual la fórmula “las políticas de X” ha sido tan escudridiza es que no sabemos realmente qué es política (aunque a veces asumamos que su significación es auto-evidente). Esta incertidumbre está impresa en el nombre mismo de “políticas” que a diferencia de la identidad, se conjuga en plural. La política connota diferencia desde el punto de vista cultural, de ahí la dificultad de determinar su ser, su identidad¹¹.

La cuestión a responder sería por qué y cómo desde el actual pensamiento postmoderno se ha elevado la política al estatus de determinante último de los debates teóricos y autoridad última de su producción material, haciendo de la especulación en torno a la política una suerte de panpoliticismo estéril. La teoría postmoderna corre el riesgo de caer en la espiral sin fin de una poco productiva repetición del término política. Esta repetición señala la existencia de un trauma que, a buen seguro, sobreviene como resultado de la incapacidad de articular una forma de la política más allá de su dimensión puramente semiótica, hasta el punto de hacer caer

⁹ E. LACLAU y CH. MOUFFE, *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*, Siglo XXI, Madrid, 1987, p. 74.

¹⁰ Representación a la que Eric Voegelin oponía la más fundamental representación *existencial* de la política (E. VOEGELIN, *Nueva ciencia de la política*, Rialp, Madrid, 1968). En el mismo sentido, se refería Cornelius Castoriadis a la clausura del imaginario político que era fruto del “cerco cognitivo de la institución” (C. CASTORIADIS, *Los dominios del hombre: las encrucijadas del laberinto*, Gedisa, Barcelona, 1995).

¹¹ D. FUSS, *Essentially speaking. Feminism, Nature and Difference*, Routledge, Londres, 1989, p. 105.

a la política en una suerte de semiosis ilimitada. Llevado a sus últimas consecuencias, el juego de los complementos del nombre corre el riesgo de derivar en una repetición *compulsiva*¹² del término política que no sería sino el síntoma de un trauma generado por la ausencia de un centro, de un origen que no se puede simbolizar. El panpoliticismo del que hacen gala las versiones más radicales de la postmodernidad no es sino la consecuencia de esta incapacidad de articular una identidad o forma de la política. Dada esta imposibilidad de simbolización, el que habla a través de la repetición es el Otro: la diferencia irreductible de la política.

Así las cosas, lo que trasciende en los debates entre modernos y postmodernos en torno al ser de la política es la profunda dislocación entre deseo y realidad. De un lado, el deseo, el goce incluso, de cierto postmodernismo sobreactuado que se expresa en el juego retórico de la *catacresis*, juego en el que la política puede significarlo todo o nada, una cosa y su contraria. De otro lado, una modernidad cómica que repite hasta la saciedad una realidad pretendidamente verdadera de la política como una de sus incontrovertibles certezas. La necesaria conciliación entre deseo y realidad vendría dada por el reconocimiento de que, pese a que ciertamente la significación siempre tiene lugar como compulsión a la repetición, la producción de significados nuevos “ha de ser localizada en la posibilidad de producir variaciones en la repetición”¹³.

Juego de afijos: la política del eufemismo

El segundo juego de lenguaje es el juego de afijos¹⁴. Consiste en añadir un afijo al término “política” (*postpolítica*, *infrapolítica*, *subpolítica*, *metapolítica*, *antipolítica*). Es éste un uso casi privativo de las ciencias de la política¹⁵ que hace visible uno de sus traumas. El juego de afijos es un claro síntoma de la incapacidad de renunciar a la palabra *recta* e irrumpir en el núcleo de la significación para expropiar el nombre y resignificarlo. En efecto, los juegos de afijos señalan de forma palmaria el escrúpulo o la resistencia, que las ciencias de la política han demostrado históri-

¹² S. FREUD, *Standard Edition of the Complete Psychological Works of Sigmund Freud*, The Hogarth Press, 1962, pp. 12-23.

¹³ J. BUTLER, *Gender Trouble. Feminism and the subversión of identity*, Routledge, Londres, 1999, p. 185.

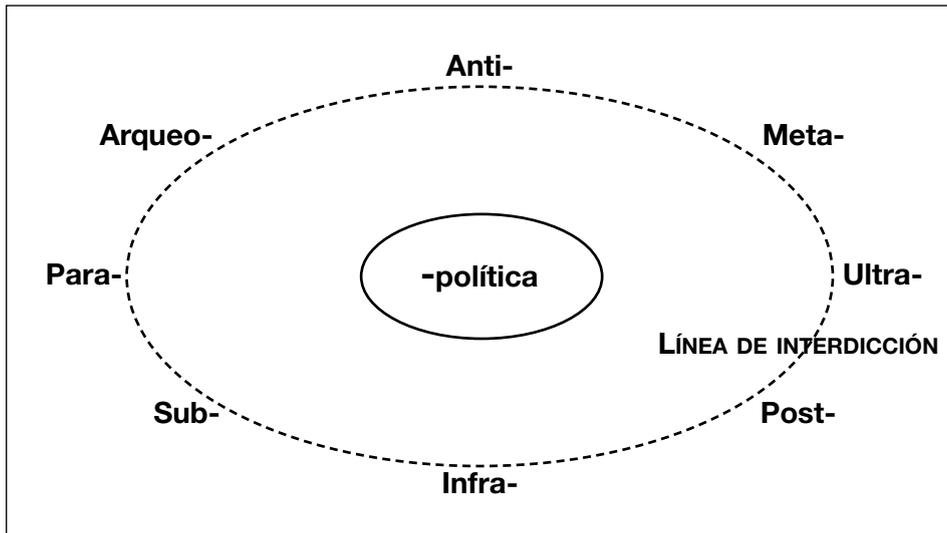
¹⁴ Debo a Elena Casado no sólo la designación de este juego, sino, en buena parte, la comprensión de la forma en que se despliega.

¹⁵ Por “ciencias de la política” entiendo todos aquellos saberes que operan, cada una desde su ámbito disciplinario (y disciplinante), como *policías del discurso* en cuestiones relacionadas con el ser de la política: el normativo de la filosofía y la teoría políticas, el descriptivo de la ciencia política, el socializante de la sociología política y el culturalista de la antropología política.

camente, a prescindir de la nomenclatura clásica. Se trata de la reverencia, el temor, por no decir la veneración, que las ciencias de la política han mostrado y siguen mostrando por la utilización de los conceptos clásicos (metáforas muertas); una veneración que a la postre las incapacita para subvertir su significado literal.

Es la del juego de afijos, la más taimada de todas las estrategias porque, por más que promete hacer el gesto de abordar el núcleo en toda su intensidad y apropiarse de forma irreversible del nombre, de su materialidad, tan sólo lo amaga, añadiendo al nombre de la política una pléyade de afijos que, lejos de perseguir la resignificación de lo político mediante su reinscripción, da cuenta todo lo más de una serie de desplazamientos o deslizamientos respecto de un significado recto u originario que, en cuanto que es preservado como referencia, baliza y da sentido a esos desplazamientos. La presencia del significado recto de la política se mantiene inalterable. De hecho, el afijo arrastra la huella del centro, esa presencia sin la cual carecería de significado. El afijo, insignificante en sí mismo, parasita (usufructúa) el *nombre propio* (apropiado) de la política.

El juego de afijos se explica desde una *pragmática de la eufemia*, que en cuanto que lo acaricia desiste de irrumpir en el núcleo de significación de la palabra. No transforma el significado, simplemente lo desplaza; lo estira, por así decirlo. La eufemia se invierte en un afijismo metodológico —la aliteración de apósitos sobre un núcleo intocado— que resulta inflacionario y sufre de la pereza de quien sólo vive en la añoranza del objeto perdido de la política o en la melancolía respecto de una política que es construida como objeto perdido en el preciso instante en que es decretada su ausencia o desaparición.



Pero el juego de afijos trata sobre todo de contener las resignificaciones blasfemas que generaría la reapropiación del nombre para otros usos. La blasfemia suscita inmediatamente un acto de censura, de autocontención, en quienes viven en la permanente añoranza de los significados originales. Si la blasfemia procede de la necesidad de traspasar la línea de interdicción que protege el sentido recto de las palabras para resignificarlas (para ponerlas en *entredicho*), la eufemia desempeña una función vicaria: contribuye a reparar las nefastas consecuencias de la blasfemia. Trabaja para neutralizar sus efectos. Corrige la blasfemia en su expresión de palabra y la desarma como juramento. Conserva el marco de locución de la blasfemia, pero introduce en él tres tipos de modificaciones que desactivan la transgresión del nombre recto: i) reemplaza el nombre por cualquier término inocente; ii) mutila el vocablo por aféresis o lo sustituye por una misma asonancia; iii) y crea una forma sin sentido en lugar de la expresión blasfémica¹⁶.

No es otra la función que desempeña el juego de afijos en los juegos de lenguaje de la política: la retahíla de afijos se añade al nombre de la política para neutralizar su mal uso, esto es, su utilización “en vano” como *significante vacío*. Las expresiones eufemísticas no son más que un taimado reflejo de un frustrado ímpetu transgresor. No habitan la línea de interdicción tras la que se parapeta el significado recto del nombre ni mucho menos la penetran. Los juegos de afijos señalan, todo lo más, una serie de desplazamientos del significado original: acotan breves extensiones o desplazamientos de un sentido propio (el de la política) que no se pone en cuestión, pues es preservado de todo mal uso mediante la alocución eufemística.

Denunciar el carácter eufemístico del lenguaje político se ha convertido en un lugar común. En política, se dice, el eufemismo constituiría una forma de mantener un equilibrio entre la realidad y la ficción, de incorporar la política “a la elisión de significado, manteniendo sin embargo algunas señas identificatorias que rememoran la realidad”¹⁷. En consecuencia, contrariamente a lo que exigiría una situación óptima de comunicación, la política eufemística acude, en aras a establecer sus condiciones de validez, a una suerte de lenguaje especializado, encriptado, que se desvía de los usos cotidianos. El eufemismo daría lugar a una desconexión con la realidad y a su sustitución por una cadena retórica autorreferente que no es capaz de establecer vínculos con el *verdadero* referente de la política. La apoteosis de este modo de proceder es la idea de *centro político*, un espacio *vacío* donde las ideologías se neutralizan y se desdibujan, donde, en fin, la política se desvanece. La denuncia del uso eufemístico del lenguaje político redunda en

¹⁶ E. BENVENISTE, *Problemas de lingüística general*, Siglo XXI, México, 1977, pp. 259ss.

¹⁷ J. RAMONEDA, *Después de la pasión política*, Taurus, Madrid, 1999, p. 233.

la sanción de una práctica que se entiende como una blasfemia en toda regla, pues las palabras son utilizadas en vano; en un centro vacío de significación; en un no-lugar, vacío de ideología, en el que no hay nada que decir; un lugar en el que, parafraseando a Hannah Arendt, sólo restaría administrar las cosas .

Ahora bien, lo que motiva la crítica al eufemismo en estos casos es, en buena parte, la dudosa asunción de que las palabras tienen sentidos rectos y que la comunicación ha de ser nítida y transitiva, y ha de desarrollarse en el ámbito irrestricto de la esfera pública. La versión más depurada de esta política apolínea es la teoría de la acción comunicativa de Jürgen Habermas, que implica, entre otras cosas, la existencia de una comunidad perfecta y de un código único que traduce a la perfección todos los significados. No sorprende, pues, que para quienes confían en la *honestidad* de las palabras y en la transparencia del lenguaje (aunque no tanto en la de quienes hacen uso de él), la malversación de los términos políticos tenga que combatirse procurando *rescatar* los significados rectos: aquello que las palabras significan *en verdad*.

Pero, ¿qué significan las palabras *en verdad*? ¿Dónde encontrar esa verdadera *política* que persiguen con denuedo quienes denuncian el uso eufemístico del discurso político? ¿No es acaso inocente desde el punto de vista epistemológico partir de que la política es una instancia prediscursiva, una realidad a la que un lenguaje bien empleado refiere? ¿No estriba acaso el peligro en hacer de la política una *episteme* y negar que "todos los ciudadanos tienen la posibilidad de alcanzar una *doxa* correcta"¹⁸ sobre las cosas políticas? ¿No habría que recurrir antes bien a una *episteme* constructivista de la política en la que, dado que el mundo conocido y el mundo cognoscente actúan siempre en sintonía¹⁹, toda política se vuelve invariablemente autorreferencia o tautología? ¿No son, acaso, las diversas autorreferencias/tautologías las que pugnan por dotar de significado a lo político? ¿Para que la política se pueda resignificar, no es necesaria una nueva política de la significación? ¿Una nueva política de la política?

LA POLÍTICA DE LA SIGNIFICACIÓN

¿Qué significa *significar*? La pregunta no es tan absurda como aparenta. No hay una única política de la significación. En torno al significado de las cosas en general y de la *cosa política* en particular se da una contienda entre descriptivis-

¹⁸ CASTORIADIS, *Los dominios del hombre*, p. 115.

¹⁹ B. LATOUR, *La esperanza de Pandora. Ensayos sobre la realidad de los estudios de la ciencia*, Gedisa, Barcelona, 2001, p. 45.

tas y antidescriptivistas (realistas y nominalistas, respectivamente). El debate gira alrededor de cómo los nombres se refieren a los objetos. Así, para los descriptivistas, el significado de un nombre vendría dado por un cúmulo de rasgos descriptivos. El campo referencial de la política constaría, por tanto, de aquellos objetos y hechos que exhiben esos rasgos en el mundo real.

El descriptivismo —es el caso de quienes denuncian el uso eufemístico del lenguaje— distingue entre dos tipos de usuarios de la palabra política y los términos asociados a ella: el término puede estar bien en manos de usuarios escrupulosos o bien en manos de usuarios que lo malversan, anteponiendo al rigor en el uso el deseo de persuadir a otros de la virtud de una creencia o de los méritos de una argumentación. En este segundo caso el lenguaje de la política, se dice, sufre una grave corrupción, pues se decanta por lo que es vago e indeterminado, por palabras de significado indeterminado o múltiple, palabras fatalmente multiacentuales, imprecisas y engañosas que, dada su falta de concreción, sirven para todo tipo de propósitos. Malversar el término *política* implica designar proyectos nuevos mediante términos políticos pertenecientes a un universo de sentido radicalmente distinto con el ánimo de volverlos aceptables. Tan escaso es el cuidado en el uso cabal de la terminología política y tan extendido su “mal uso” que si se quiere dialogar de verdad se hace obligado el indeseable trance de tener que consumir una enorme cantidad de tiempo y energía en preguntarse unos a otros: ¿qué quieres decir? Para los descriptivistas, el discurso político muchas veces repite los viejos tópicos sin preocuparse siquiera de lo que significan, como si por la magia de lo que significaron en el pasado se obtuviera ya legitimidad. Los nombres sirven como escudo para cambiar por detrás los contenidos²⁰.

Si a algo es refractario el descriptivismo es a apropiarse de la terminología política para promover nuevos usos, pues tal proceder no sirve sino de parapeto de sospechosas transformaciones. El corolario es taxativo: para que el *interés* por la política retorne es necesaria, de una parte, la renovación del lenguaje, la inversión en términos que sean más acordes con la nueva realidad y, de otra, el rescate del *verdadero* sentido del vocabulario político cuando éste ha sido malversado. En suma, la política de la significación del descriptivismo es esquizoide: por una parte sospecha de un lenguaje que se emplea en el vacío y que alberga la péfida intención de hacer realidad aquello que dice por el mero hecho de decirlo (como si de una suerte de performativo mágico se tratara), mientras que por otra parte confía ciegamente en el lenguaje y reconoce la pertinencia de invertir en nuevos términos capaces de reflejar la cambiante realidad política en toda su compleja gama de matices.

²⁰ U. BECK, *La invención de lo político*, F.C.E., México, 1998, p. 183.

Muy otra es la política de la significación de los antidescriptivistas. Para ellos, el nombre se refiere al objeto por medio de lo que se denomina un “bautismo primitivo”. Como consecuencia de la imposición de este vínculo primitivo entre objeto y nombre, el nombre sigue refiriéndose al objeto aun cuando todos los rasgos descriptivos del objeto hayan desaparecido. Si el error del descriptivismo era la asunción acrítica de la existencia de una certeza prediscursiva llamada *política*, de la que se extraían los rasgos o características definitorias del nombre, el error principal en el que incurren los antidescriptivistas (nominalistas) es, en cambio, interpretar la palabra *política* exclusivamente como *nombre* que no remite a referente alguno.

Sin embargo, por opuestas que puedan parecer, ambas perspectivas tienen una falla común. Lo que ninguna de las dos sabe ver es el antagonismo inscrito en la noción misma de lo político: para el realismo/descriptivismo existe un contenido cierto a ser descubierto y las visiones erróneas son aquellas que olvidan (o escamotean) este contenido verdadero. Para el nominalismo/antidescriptivismo, la lucha en torno al significado de la política surge de una confusión epistemológica y se neutraliza en la coexistencia pacífica de una pluralidad de significados. Lo que ambas perspectivas no ven es que la lucha por la hegemonía, la lucha por el contenido particular que funciona como el contenido universal de lo político, no tiene base ninguna: es lo Real que no puede fundamentarse en una estructura ontológica. De ahí que toda ontología, así la ontología de la política, sea, en esencia, una (onto)política: una *política de la política*.

Ahora bien, mientras que el descriptivismo interioriza acríticamente la idea de una ontología previa a la representación de lo político y se aleja así de cualquier lectura reflexiva o constructivista de la política, la falla en la que incurre el antidescriptivismo es que cierra los ojos a su propio resultado, a saber, que permite concebir el objeto como lo Real imposible de simbolizar que es correlativo del significante puro²¹. Dicho con otras palabras, lo que garantiza la identidad de un objeto en todas las situaciones en las que la realidad lo contradice es el efecto retroactivo del nombre. Es el nombre, el significante, el que soporta la identidad del objeto, unifica un campo de la realidad y constituye su identidad. Buscamos en vano la política en la realidad positiva. La política no tiene una consistencia positiva: es la positivización de un vacío, de una discontinuidad abierta en la realidad. Sólo a resultas de su articulación en forma de discurso puede la política (retroactivamente) ser. El nominalismo no advierte la circularidad de los procesos de nominación. No advierte que un nombre se refiere a un objeto porque es su

²¹ S. ZIZEK, *El sublime objeto de la ideología*, Siglo XXI, México, 1992, p. 95.

nombre. Es esta condición tautológica del proceso de significación lo que el significante vacío permite: un significante sin significado al que las cosas se refieren en los discursos para reconocerse a sí mismas²². Así pues, si la unidad del objeto es el efecto retroactivo de la nominación, entonces *la nominación no es únicamente el puro juego nominalista de atribuir un nombre vacío a un sujeto pre-constituido*. Es la construcción discursiva del objeto mismo²³.

Si la perspectiva descriptivista fuera correcta, el significado de la política y los rasgos descriptivos de la misma estarían dados de antemano, al modo de una ontología previa a toda representación, y habría, en consecuencia, que desestimar la posibilidad de cualquier articulación discursiva que propusiese una simbolización alternativa de la política. Pero si el proceso de nominación de la política equivale a su constitución, entonces sus rasgos descriptivos serán fundamentalmente inestables y estarán abiertos a toda clase de rearticulaciones hegemónicas. Las luchas ideológicas se ganan o se pierden en los términos de la decisión acerca de cuál será el contenido de la política que va a contar como convencional.

¿Pero en qué condiciones se desarrollan estas luchas por hegemonizar la política? Para Slavoj Žižek, la lucha por la hegemonía ideológico-política es siempre una lucha por la apropiación de los términos “espontáneamente” experimentados como “apolíticos”²⁴. Si las luchas en torno al sentido de lo político han de fructificar será no sólo por el hecho de apostar por una definición distinta de aquella que se trata de rebatir. Ha de demostrarse además que la definición puesta en solfa no es pertinente desde el punto de vista político, esto es, que la consideración de determinados ámbitos como no políticos es consecuencia de lo limitado de la inteligibilidad de lo político que maneja el adversario.

Por ejemplo, como sostiene Žižek, si la operación marxista quiere ser efectiva ha de mostrar que *la constricción liberal de lo político es el gesto político por excelencia*; mostrar que, por poner un caso, la definición liberal de la “vida privada familiar” como *apolítica* naturaliza una jerarquía de relaciones basada en actitudes psicológicas pre-políticas, en diferencias de naturaleza humana, en constantes culturales apriorísticas; lo que es decir: en relaciones de exclusión o subordinación que en último término dependen de relaciones de poder políticas.

La controversia en torno al contenido del significante vacío *política* es la lucha política por antonomasia. El espacio de la política es, así, la brecha entre el significante vacío y una serie de significantes “ordinarios” que pugnan por llenarlo de contenido. La tan trillada expresión *la política del significante* se justifica

²² Ibidem.

²³ E. LACLAU “Introducción” en S. ŽIZEK, *El sublime objeto de la ideología*, p. 17.

²⁴ S. ŽIZEK, *El sujeto espinoso*, Gedisa, Barcelona, 2001, p. 191.

entonces plenamente: el orden del significante como tal es político y, a la inversa, no hay política fuera del orden del significante. Queda claro, pues, que es el significante “política” lo único de lo que se dispone para resignificar lo político; es el significante el terreno privilegiado, el único terreno en el que es posible desarrollar un intento de reinscripción, resignificación o rearticulación de un nuevo sentido de la política: la delimitación de la política es la cuestión política por excelencia.

En aras de acotar las condiciones de posibilidad de una resignificación de la política se hace preciso, pues, echar mano de juegos de lenguaje menos onerosos que los complementos del nombre y los eufemísticos juegos de afijos. El juego de lenguaje que, no valiéndose de aditamento ninguno, irrumpe en el núcleo del término *política* para expropiarlo es obviamente la repetición del *mero término*, una repetición con vocación deconstructiva que habilita el significante *política* como un significante vacío susceptible de adoptar nuevos significados. Son tres las variantes de este juego de lenguaje: la blasfemia, la parodia y la ironía. Todas ellas constituyen el arsenal con el que ensayar procesos de reinscripción del nombre de la política y, una vez *apropiada* la materialidad del nombre, desvincularlo de sus naturalizados *usos* normativos (deber ser) o científicos (ser). Blasfemia, parodia e ironía tienen en común que solamente emplean la palabra *política* para resignificarla, si bien difieren en cuanto a su fuerza performativa²⁵, como se verá a continuación.

LA VÍA ECONÓMICA: BLASFEMIA, PARODIA E IRONÍA

En un mundo en el que, por una lado, las figuraciones comienzan a escasear por el influjo nivelador que la Razón Científica ha ejercido sobre la realidad y, por otro, se asume, con un tono de fatalidad no exento de realismo, que invertir en nuevas figuraciones implica un esfuerzo vano, reapropiarse de la palabra, irrumpir en su núcleo de significación y expoliarlo, es un tarea de interés preferente, pues es ahí donde se elaboran los mitos y los significados que estructuran la imaginación y la *realidad* sobre la que ésta se proyecta. Y, dado que es la producción de significados (no así la proliferación de significantes) lo que implica poder en las sociedades contemporáneas, la reapropiación no sólo de la capacidad de nombrar, sino, sobre todo, de la materialidad del nombre se convierte en un requisito indispensable para que el individuo recupere el poder de narrar su experiencia.

²⁵ La fuerza performativa se refiere, como decía John Langshaw Austin, a la posibilidad de “hacer cosas con palabras” (J.L. AUSTIN, *Cómo hacer cosas con palabras*).

Blasfemia: usar la palabra política en vano

El léxico del reniego —la locución blasfémica— tiene su origen y su unidad en la necesidad de violar la interdicción bíblica de pronunciar el nombre de Dios. La blasfemia es fundamentalmente un *proceso de palabra*²⁶ y consiste en reemplazar el nombre de Dios por su ultraje. La interdicción del nombre de Dios refrena uno de los deseos más intensos del hombre: profanar lo sagrado. La blasfemia es, por tanto, la estrategia que transgrede la línea de interdicción que protege el nombre y pone así *en entredicho* el nombre y el sentido que éste prescribe: el intento de (re)establecer la totalidad del sentido profanando el nombre mismo de Dios. Su forma básica es la exclamación “¡nombre de Dios!”, es decir, la expresión misma de la interdicción.

Se blasfema el nombre de Dios, pues todo lo que se posee de Dios es su nombre. Sólo por ahí puede alcanzarlo, para conmooverlo o para herirlo: pronunciando su nombre²⁷.

En referencia a la política²⁸, puede decirse que del proferir blasfematorio del nombre de la política se seguirá el intento de restablecer la ambivalencia o antagonismo constitutivo del nombre, mediante la profanación del nombre mismo de la política, de su empleo *en vano*, en su condición estructural de significante vacío: se blasfema el nombre de la política, pues todo lo que se posee de la política es el nombre. Sólo por ahí puede alcanzarla, para conmooverla, para herirla: pronunciando su nombre.

Como señala Mijail Bajtín, la blasfemia es, en su máxima potencia, ambivalente: degrada y mortifica a la vez que regenera y renueva. En ella confluyen sin solución de continuidad lo sagrado divino y lo sagrado maldito. En las sociedades primitivas, dentro de un régimen social que no conocía todavía las clases y no había generado un vacío a partir del que la política pudiese surgir como esfera diferenciada, los aspectos serios y cómicos de la divinidad, del mundo y del hombre eran igualmente sagrados e igualmente “oficiales”; se entreveraban en una unidad inescindible, en una sola cosmovisión. El carnaval constituía el ritual en el que la blasfemia adquiría profundidad y universalidad, pues ofrecía visio-

²⁶ Como dice Leonardo Sciacia, son más proclives a la blasfemia quienes, como los niños, tienen más palabras que cosas.

²⁷ BENVENISTE, *Problemas de lingüística general*, p. 255.

²⁸ La política y la religión presentan una analogía que refuerza la oportunidad de la blasfemia: tras la secularización y la pérdida de la centralidad de la religión que ésta acarrea, es la política en su forma sacralizada la que pasa a engrosar la posición central del orden social.

nes del mundo, del hombre y de las relaciones humanas totalmente diferentes, deliberadamente no-oficiales, exteriores a la Iglesia y al Estado. Construía al lado del mundo oficial una nueva totalización, un segundo mundo y una segunda vida: un mundo *infraoficial*. Daba lugar a una especie de dualidad del mundo, convirtiendo a las divinidades en objetos de burla y blasfemia, a los mitos serios en cómicos e injuriosos, a los héroes en sus parodias.

El juego de lenguaje carnalesco contenía formas de expresión dinámicas y cambiantes, fluctuantes y activas. “Se caracteriza[ba] principalmente por la lógica original de las cosas ‘al revés’ y ‘contradictorias’, de las permutaciones constantes de lo alto y lo bajo (la ‘rueda’), del frente y del revés, y por las diversas formas de parodias, inversiones, degradaciones, profanaciones, coronamientos y derrocamientos bufonescos”²⁹. En el carnaval, la blasfemia no tenía un valor exclusivamente negativo, sino positivo y regenerador. Era ambivalente, a un tiempo negación y afirmación. “No es sólo disolución en la nada y en la destrucción absoluta sino también inmersión en lo inferior productivo”³⁰.

Sin embargo, en la modernidad, con el advenimiento del régimen de clases y del Estado³¹, la blasfemia sufre un proceso de debilitamiento. La diferenciación funcional de la política como la *vida seria* hace imposible otorgar a los aspectos cómicos y serios derechos iguales, de suerte que las formas blasfematorias adquieren la condición de una *subcultura*. En este sentido, en la modernidad, el límite de la blasfemia como estrategia de nominación vendrá dado por la paulatina desactivación de su carácter proteico, su especialización espacio-temporal (su conversión en cronotopo novelesco) y la correspondiente sustitución de su componente polivocal por la monovocalidad. Como consecuencia de su *diferenciación*, la blasfemia deja de tener las funciones poéticas (productivas) que le caracterizaban antaño. La blasfemia moderna es puramente negativa y formal. Así las cosas, ¿propicia en la modernidad la blasfemia, el uso *en vano* de la política, una resignificación de la política?

Si la blasfemia constituye un mero *proceso de palabra*, desvinculado de una forma de vida y carente de sustrato social y cultural, ello implica que ya no es comunicativa, pues ha sido desasida de todo contexto de enunciación. Pese a que tiene *sentido*, el uso moderno de la blasfemia deviene una estrategia puramente

²⁹ M. BAJTIN, *La cultura popular en la Edad Media y en el Renacimiento. El contexto de Françoise Rabelais*, Alianza, Madrid, p. 16.

³⁰ *Ibid.*, p. 26.

³¹ La tradición religiosa, sobre todo tras su especialización institucional, esto es, desde la constitución de una autoridad religiosa diferenciada del resto de los órdenes de la vida social, ha sabido reconducir la ambivalencia de la blasfemia y, previa diferenciación de lo sagrado divino y lo sagrado maldito, ha autorizado lo primero, reprimiendo lo segundo.

expresiva (fática). Habida cuenta de que la fórmula pronunciada en la blasfemia no se refiere a ninguna situación en particular, el mismo reniego puede ser proferido en circunstancias diametralmente opuestas sin que ello afecte al sentido del mismo. En una palabra, la blasfemia carece de indexicalidad; carece del vínculo que todo proceso de significación necesita en orden a remitir a un contexto. Resulta ser, finalmente, una estéril catacrexis.

Una vez desactivada la potencia que extraía del orden moral primitivo, la blasfemia no transmite ningún mensaje ni puede ser considerado un acto de habla: no cumple, pues, ni una función referencial, pues nada describe, ni puede ser considerada como un acto de habla eficaz, pues carece de fuerza performativa. Es propiamente la transgresión del tabú lingüístico. Los límites del uso blasfemo de la política de cara a producir una resignificación residen, pues, en este carácter de *proceso de palabra* y de su falta de conectividad o pregnancia social y cultura. En definitiva, una blasfemia que no halle el modo de conectarse más allá de ese proceso de palabra es una contradicción pragmática: deviene mera repetición *compulsiva* e inerte de un tabú.

Parodia: usos paródicos de la política

Lo que Judith Butler señala en relación a la parodia de género puede servir para evaluar la eficacia de esta estrategia retórica de cara a resignificar lo político. Para Butler, la noción de parodia no asume que hay un original al que las identidades paródicas imitan. Por el contrario, lo que se parodia es la misma idea de original, la maniobra epistémica, y con ella, la búsqueda de un conocimiento “inocente” y “extra-político”. La potencia pragmática de la parodia radica en que la exageración de los gestos y significados originales (naturales) revela el carácter performativo de todo gesto y toda significación. El “original”, lo “auténtico” y lo “real” no son sino efectos de acciones repetidas en el tiempo.

Llevada al campo de la política, la parodia puede extremar la diferencia entre una política original y otras que aparecen como derivadas, fantasmáticas o miméticas, como copias fallidas. Ahora bien, en un nivel más profundo de análisis, las prácticas políticas paródicas revelan que la condición fallida de estas últimas de cara a convertirse en “reales” o “naturales” es una característica constitutiva de toda política. La política es un “acto” que, dada su condición performativa, está abierto a escisiones, autoparodias, autocríticas y a una exhibición hiperbólica de lo político naturalizado que, en su misma exageración, revela el estatus fantasmático y construido de toda política. Los usos paródicos de la política ponen de manifiesto, pues, el carácter ilusorio de toda identidad política

como sustancia interna, como clausura ontológica, y su necesaria condición performativa: su *ser en la repetición*³².

En tanto que *subcultura*, la parodia, más que proponer un programa revolucionario, una alternativa —que es lo que caracteriza a la *contracultura*— recodifica los signos culturales. “Plural y simbólica, su resistencia se ejerce a través de una transformación espectacular de toda una serie de mercancías, valores, actitudes del sentido común, etc., a través de un paródico *collage* de los signos privilegiados”³³, poniendo así en evidencia la naturaleza construida (textual) de los estereotipos de la cultura dominante y de las prácticas sociales que en ellos toman cuerpo. La subcultura *juega* a mimetizar el código para confundirlo. Es la suya una presencia que busca “estropear” la consistencia de la cultura oficial.

El carácter contrafáctico de la parodia reside en su renuncia a crear un texto nuevo y una práctica alternativa al orden. Es más, en su despliegue, la parodia asume tanto los signos de la dominación como su contenido. De ello se sigue que frecuentemente sea interpretada como un espectáculo de sujeción. Pero “resulta que ésta es precisamente su táctica: provocar a la cultura dominante para que lo nombre, de modo que al hacerlo se nombre a sí misma”³⁴. Sabe que no puede transformar este código pero puede fetichizarlo hasta el extremo en que ese mismo carácter de fetiche se haga evidente y genere una desafección simbólica respecto del código.

Ahora bien, las limitaciones de la parodia como estrategia de resignificación pueden venir dadas precisamente por su carácter textual. La parodia en tanto que práctica textual y subcultural genera una serie de consecuencias no deseadas. Quiere decirse que de su condición textual y performativa derivarán tanto sus logros como sus limitaciones. La parodia corre el riesgo de no estar ni fuera ni dentro de lo social, sino al margen. En el mundo del arte, que en buena parte ha monopolizado (y rentabilizado) las estrategias paródicas³⁵, se advierte cierta jactancia a la hora de promover una marginalidad entendida no en su acepción social, sino en el sentido más esteticista de “estilo marginal”. Y es en este margen refractario a lo social, cuando no directamente absorbido por el mercado y los medios de comunicación, que se emplaza las más de las veces en ámbitos

³² Ello no obsta para que esta repetición tenga que ser valorada. No toda repetición produce los mismos efectos. No se siguen los mismos efectos de una *repetición compulsiva* que de una *repetición subversiva*.

³³ H. FOSTER, “Recodificación: hacia una noción de lo político en el arte contemporáneo” en P. BLANCO et al. (eds.), *Modos de hacer: arte crítico, esfera pública y acción directa*, Ediciones Universidad de Salamanca, Salamanca, 2001, p. 117.

³⁴ *Ibidem*.

³⁵ En la actualidad es de destacar también la centralidad de la parodia en los estudios de género, especialmente en el ámbito de la teoría *queer*.

escénicos o museísticos protegidos, donde produce sus efectos de verdad. Se mantiene como malestar, pero no da paso a una articulación discursiva socialmente performativa. No sorprende, pues, que entre quienes reivindican la parodia como estrategia de intervención política sean recurrentes las llamadas a no confundir dos conceptos que muy frecuentemente se dan por equivalentes: la *performance* y la performatividad.

Otra de las consecuencias, quizá la de más calado, del olvido de las determinaciones sociales de la *performance* paródica es que, contrariamente a lo que sería de esperar de una práctica que trata de poner en cuestión las esencias fundantes de las concepciones modernas de la política, exacerba el principio de intencionalidad de la acción y la idea típicamente moderna de una agencia que se cree capaz de controlar no sólo las interpretaciones a que dará lugar la *performance* paródica, sino también los efectos —las consecuencias no intencionadas— de su puesta en acción. Como sabiamente advierte Wladimir Jankelevitch:

Quando se finge el amor se corre el riesgo de llegar a sentirlo; quien parodia sin las debidas precauciones acaba siendo víctima de su propia astucia; el librepensador se convierte en simple enamorado. Es casi imposible fingir que se ama sin transformarse ya en amante³⁶.

Así, la reclusión de las prácticas paródicas en ámbitos protegidos (sean los museos o el espacio público convertido en Ágora-museo) en los que habita un público cautivo es en buena parte consecuencia de este prurito no asumido de mantener bajo control las condiciones de enunciación de la parodia y sus consecuencias no queridas.

Política e ironía

La variante más transgresora, en lo que a la resignificación de la política toca, es sin duda la ironía, tropo que cierra el recorrido reflexivo del lenguaje, pues lejos de ufanarse en la grandilocuencia del gesto blasfemo de utilizar la palabra en vano o vararse en la inocencia de quienes hacen pasar la sobreactuación paródica por una *performance* transgresora, expropia el nombre de la política de un contexto heterónimo de enunciación para promover una auto-definición. Pone, así, en peligro la seguridad del *logos* político y abre la posibilidad a una repetición subversiva que fuerza su resignificación: una política de la política.

³⁶ W. JANKELEVITCH, *La ironía*, Taurus, Madrid, 1982, p. 126.

En general, la ironía restituye el sentido político que subyace en todo acto de nominación, sonrojando, de paso, a un lenguaje, el de la modernidad, para el que nombrar constituye una práctica extra-política. Como dice Paul de Man, “el lenguaje definicional parece encontrarse con problemas cuando se trata de la ironía”³⁷.

La ironía deconstruye todo mito, lo adelgaza hasta el punto de convertirlo en *significante puro*. Pero su trabajo no se detiene ahí, pues lejos está de encontrar consuelo en mostrar al mito su musculatura convencional y contingente. La ironía produce el mito *ex novo*, dando lugar a nuevos sentidos y nuevas hegemónías. La ironía, cierto es, tiene algo de juego deconstructivo; es un deliberado distanciarse que paradójicamente hace uso del vocabulario del adversario con la firme convicción (nunca la seguridad, sería poco irónico) de que quien asiste a su despliegue reconocerá la falta de credibilidad de aquél.

Pero es algo más que un juego deconstructivo libérrimo que sólo “existe para la risa y el placer”³⁸. Si, en tiempos tan refractarios a heroicidades como los post-modernos, el ironista es el nuevo héroe político, no lo es porque lleve a cabo una deconstrucción de las certezas por puro placer, sino en el sentido nietzscheano de que sabe reconocer la contingencia y se apropia de ella para poder extraer ventaja de la misma imaginando nuevas posibilidades³⁹. En la ironía, el desciframiento de la contingencia del lenguaje, la *conciencia del significante*, no equivale a una psicótica producción de *diferencias* que no pasa de ser un pretexto para, desde las sombras, asegurar la restauración del *statu quo*. Tampoco incurre en el olvido de que toda articulación es precaria, pues de hacerlo devendría una sobreactuada y cómica conciencia emancipatoria que se quiere libre de aporías. La ironía arriesga. No se libera en la obra sino en la operación. No en el poema, sino en la *poiesis*. No en la política, sino en la politización. No en el resultado, sino en la promesa.

Las obras de la ironía son cifras evanescentes y lugares de paso; la ironía es una mitogénesis estéril, una poesía que nunca acaba en poema⁴⁰.

Si es cierto que la ironía arriesga, ¿cómo opera? ¿qué hace? ¿cuál es su poética? ¿cuáles las consecuencias pragmáticas de una política irónica? ¿cuál es,

³⁷ P. DE MAN, “El concepto de ironía”: *Eutopías*, n.º 141 (1996), p. 2.

³⁸ *Ibid.*, p. 52.

³⁹ E. LACLAU, “Community and its paradoxes: Richard Rorty’s Liberal Utopia», en MIAMI THEORY COLLECTIVE (ed.), *Community at Loose Ends*, Minnesota University Press, Minnesota, 1991, p. 98.

⁴⁰ JANKELEVITCH, *La ironía*, p. 51.

sobre todo, su fuerza performativa, esto es, su poder de construir la política como otro? Lo que aquí más interesa para dar respuesta a estas cuestiones es la posibilidad de expropiar la *materialidad* del nombre “política”, deconstruir el discurso dominante en torno a ella y ensayar procesos de significación alternativos. Jacques Derrida llama *reinscripción* a esta promesa de algunos términos de adquirir significados no ordinarios. La iterabilidad del performativo es, pues, crucial para toda operación política: también la de resignificar lo político.

Ahora bien, como se ha señalado más arriba, la deconstrucción no es un medio sin fin (o un fin en sí mismo). De ser así, toda deconstrucción de la política daría lugar a la producción de la política como pura diferencia inarticulable. No se deconstruye *por*, se deconstruye *para*. Así, tras la operación deconstructiva, se vuelve un acto imperativo *producir un acto de habla performativo* y construir una nueva hegemonía política. En otras palabras, la crítica de la filosofía de la representación (de la política) no debiera implicar, como sucede a menudo, la renuncia a producir nuevas representaciones (de la política), por precarias que éstas sean. Y por descontado que lo son.

Deconstrucción y hegemonía son dos caras de la misma moneda. Por separado no producen ningún efecto (o producen, respectivamente, el efecto de una inerte semiosis ilimitada y una, en el mejor de los casos, ingenua y sobreactuada —cómica— política emancipatoria). Juntas *producen* la política como contradicción performativa. Esta contradicción performativa⁴¹ tiene lugar cuando alguien sin autorización para hablar desde dentro y, como lo universal, desde el lenguaje oficial, reclama para sí el uso del término política. Expone así la fórmula convencional a la alteridad sin la cual ésta no se sabría a sí misma y revela su *prometedora ambivalencia*. La promesa del lenguaje se sigue de la posibilidad de reinscribirlo; la posibilidad siempre presente de emplearlo en otro sentido. Para ello, es necesario expropiar el nombre mediante un acto de habla contradictorio, lo que significa transgredir la línea de interdicción (prohibición) que protege el significado *propio, recto*, e impide ponerlo en *entredicho*. Sólo expropiando el término y contraviniendo su fórmula convencional de uso es posible hacer de él un término que puede ser empleado para otros propósitos y adquirir significados no convencionales. Roland Barthes llama *mito* a este proceso de apropiación. Cuando el mito se apropia del término, hace que el signo devenga mero significante y pueda ser rearticulado en un sentido nuevo.

La potencia performativa de los usos contradictorios de la política resulta, así, de pronunciar las fórmulas convencionales de manera no convencional. La

⁴¹ J. BUTLER, *Excitable speech. A politics of the performative*, Routledge, New York, 1997.

posibilidad de que un acto de habla tenga consecuencias políticas u opere políticamente estriba, pues, en que la fórmula o el enunciado pueda romper con su contexto original asumiendo funciones y significados que nunca tuvo. La disyunción entre enunciado, contexto y significado de la política es la condición de posibilidad para revisar permanentemente su significado: la repetición del performativo política como una repetición que es a la vez una reformulación, una resignificación. Una repetición no ya compulsiva sino subversiva. Posibilidad, a una vez, de expropiación del término y también de agencia. Agencia que es posible, como dice Ernesto Laclau, en la brecha existente entre la redundancia y la repetición. Sólo a golpe de contradicción performativa, esto es, mediante usos deliberadamente impropios del término, se ha expandido históricamente la noción de lo político, desde la politización marxista de la cuestión social, hasta la politización de lo personal por parte del movimiento feminista, pasando por la politización de las relaciones entre naturaleza y cultura promovida por el ecologismo.

La posibilidad del acto de habla de adoptar un significado no ordinario, de funcionar en contextos a los que no pertenece, es ciertamente la promesa estructural del performativo “política”. Ahora bien, con la promesa estructural no basta. Es preciso, además, hacer uso efectivo del término. No es otro el trabajo de la ironía. Es el uso irónico del término política lo que lo hace al cabo verdaderamente *político*. En suma, sólo la expropiación irónica del término *política* de los ámbitos en que histórica o convencionalmente ha sido empleado activará un proceso de *mitopoiesis*, una nueva *poética* de la política.